

tan bien podéis triunfar de muchos como de uno solo. » Al mismo tiempo se oyeron salir de su boca diversas voces como gritos confusos de un populacho reunido en tumulto ; y éste fué el último esfuerzo de esta legión de espíritus del infierno, quienes fueron obligados á retirarse por las preces del Santo.

Orión librado así, algún tiempo después fué al monasterio del Santo, acompañado de su esposa y de sus hijos. y en reconocimiento le llevó grandes dádivas ; pero bien lejos de aceptarlas le dijo : « ¿ No sabéis lo que sucedió á Giezi y á Simón ? ¿ Al uno por haber querido vender la gracia del Espíritu Santo, y al otro por haberla querido comprar ? » Orión no obstante le suplicó con lágrimas que las recibiera y las distribuyera á los pobres ; pero él le replicó : « Lo podéis hacer mejor vos que moráis en las ciudades, y que por consiguiente podéis conocer mejor las necesidades de cada uno. Y ¿ por qué queréis que me encargue de los bienes de los otros, después que he dejado los míos ? El nombre de los pobres muchas veces sirve de pretexto á la cupidez ; la verdadera caridad es sin artificio ; nunca uno puede distribuir mejor sus bienes que cuando nada se reserva. »

Orión, que no tenía los mismos visos de perfección que el Santo, y que no consultaba más que su reconocimiento, estaba afligido por su rehueso ; se arrodilló suplicándole de nuevo que recibiera lo que él le ofrecía ; pero el Santo para hacerlo cesar en sus instancias, por fin le dijo : « No os entristezcáis, hijo mío, que esto que yo hago es por bien vuestro y mío ; pues si acepto vuestros presentes ofenderé á Dios, y la legión de demonios volverá á entrar dentro de vuestro cuerpo. »

Después curó á un habitante de Majuma, llamado Gazán, quien, trabajando en una carrera de piedras no lejos del monasterio, fué de momento sorprendido por una parálisis. Sus compañeros lo tomaron sobre sus brazos y se lo

condujeron : El Santo rogó por él, le restableció su salud y lo remitió á su trabajo.

Había en la misma ciudad un cristiano llamado Itálico, quien cuidaba los caballos para la corrida del circo. Se disponía á hacer una corrida contra un duumviro, es decir, uno de los principales magistrados de Gaza, muy adepto á la idolatría y al culto de Marnas que era el ídolo del lugar. Habiendo sabido que su adversario se servía del maleficio para contener sus caballos, fué á suplicar á san Hilarión que impidiera sus efectos. El Santo consideró ridículo que le propusiera el emplear sus oraciones para una cosa tan insignificante ; y le dijo que hubiera obrado mejor vendiendo sus caballos y dando el precio á los pobres para la salvación de su alma. Itálico le hizo presente que aquél era un cargo público al cual estaba obligado : Que en calidad de cristiano no podía aquél emplear los maleficios, y que creía obrar bien al recurrir á él ; que después de todo, se trataba en cierto modo de la gloria de Jesucristo, de la cual los habitantes de Gaza eran los enemigos declarados ; y que los insultos que recibiría de éstos si quedaba vencido, caían menos sobre él mismo que sobre la Iglesia, porque sabían que era cristiano.

El Santo sólo se determinó cuando los hermanos también se lo suplicaron. Hizo traer agua en el vaso de tierra de que se servía para beber, y la entregó á Itálico diciéndole que rociara con ella su establo, sus caballos, su coche, y las cárceles del circo. El duumviro lo supo y no se descuidó de publicarlo y chancearse mucho de ello. Todo el pueblo estaba aguardando el resultado. Por fin, después de haber dado la señal, los caballos de Itálico parecieron volar más bien que correr, y se hubiese dicho que los del duumviro llevaban trabas en los piés. A este espectáculo se levantaron grandes gritos. Los mismos paganos exclamaron : *Marnas queda vencido por el Cristo*. Muchos se con-

virtieron á la fé; pero otros, partidarios del duumviro, se enfurecieron y prorumpieron contra san Hilarión, diciendo que era un mago y que era necesario hacerlo perecer. Sus clamores sólo sirvieron para hacerles más despreciables.

Una virgen de la misma villa de Majuma moraba en el vecindario de un joven, quien quedó perdidamente enamorado de ella. Esta tomó á bien los halagos que no convenían á una cristiana, aun menos á una virgen consagrada á Jesucristo, como se ve, según san Jerónimo, que lo era esta. Pero la fulana no llegó tan lejos como el joven lo hubiera deseado. Para conseguirlo el joven se fué á Menphis á fin de encontrar en la escuela de los idólatras de Egipto, muy renombrada por el arte mágico, un medio para acabar de perder su alma. Estuvo un año entero en esta academia de tinieblas, é instruido en el arte diabólico en cuanto él deseaba saber, á su regreso puso en el umbral de la puerta de la joven una lámina de cobre en la cual estaban grabadas figuras monstruosas con palabras. El encantamiento nada hubiese producido en una persona más fiel á Jesucristo de lo que había sido esta; pero ella había dado entrada al demonio desde el principio escuchando con demasiada facilidad á este libertino. Así, luego que el encanto estuvo colocado, el espíritu maligno se apoderó de ella, y al momento perdiendo el juicio y el pudor, mostró un violento deseo de ver á este joven.

Sus padres recurrieron al Santo, y se la condujeron. El demonio la agitaba con violentas convulsiones y daba grandes aullidos por su boca. Se quejaba que la atormentaban, y gritaba diciendo que no podía salir del cuerpo de esta virgen que el joven no hubiese quitado de la puerta el encanto que lo ataba en su cuerpo. « Tu fuerza es pues muy grande le dijo irónicamente Hilarión, pues está contenida por una lámina y un cordelito! Dime, añadió, ¿ porque te has atrevido á entrar en el cuerpo de esta virgen? » — Esto

ha sido, respondió el espíritu de mentira, para salvarla. » — Impostor, le contestó el Santo, mas bien la querías perder. »

Los padres quisieron que se fuera á buscar el joven para obligarle á quitar el encanto; pero el Santo no lo permitió, temiendo no creyesen que esto era necesario para echar al demonio, y se diese fé á sus palabras que no son más que mentira. Curó la hija rogando por ella; y después le dió una severa corrección porque había dado entrada al demonio por su mala conducta.

La fama de tantas maravillas no sólo voló á la Palestina, al Egipto y la Siria, más aún á las provincias más lejanas. Un oficial de guardias del emperador Constanzo, de la nación de los Francos y de allende del Rin, según aparecía por su buena presencia, por la blancura de su color y los cabellos rubios, estaba atormentado por el demonio que lo agitaba desde su infancia, haciéndolo gemir y rechinar de dientes todas las noches. Habiendo sabido por el rumor público el poder que san Hilarión tenía sobre los espíritus malignos, declaró en secreto al emperador lo que sufría, y le pidió el permiso de ir á ver al Santo para ser curado. El príncipe se lo concedió, y le hizo entregar carruajes públicos y cartas de recomendación para el cónsul de la Palestina. Muy pronto llegó á Gaza, y se dirigió al decurión del lugar para que le dijera donde moraba el solitario Hilarión. De momento se creyó en la ciudad que iba con el propósito de informarse por la misma boca del Santo de los malos tratamientos que había recibido de ellos en más de una ocasión. En el temor, pues, que el emperador hubiese enviado este oficial para castigarlos de ello, el decurión y los principales de la ciudad le acompañaron á su celda, tanto para hacerle la corte, como para mitigar al Santo en caso de que se le quejase. San Hilarión se paseaba sobre la arena recitando salmos. Cuando vió aparecer á esta multitud se paró, y después de

haberlos saludado con una cortesía religiosa, les dió su bendición. Ellos se ordenaron al rededor de él, y les habló por espacio de una hora; después despidiendo á los de Gaza, se quedó con el oficial y su escolta, y á sus ojos comprendió bien pronto el motivo que lo había traído allí. El oficial sólo sabía la lengua de su país y la latina. El Santo le preguntó sin embargo en lengua siríaca; y al mismo tiempo se vió que este hombre se levantaba de tal modo que apenas tocaba al suelo con la punta de los piés, quien gritaba con una voz espantosa, respondiendo al Santo en siríaco con el acento y las aspiraciones de esta lengua, tan perfectamente como lo hubiera podido hacer un natural de Palestina. Luego el Santo le preguntó en griego, para que aquellos que le servían de intérpretes en lengua griega y latina lo pudiesen entender; y él también le respondió en la misma lengua. El demonio que hablaba por su boca, quiso entonces entrar en discurso y contar como se había apoderado del cuerpo de este oficial, diciendo que había sido obligado á ello por las operaciones mágicas; pero el Santo le dijo que poco cuidado le daba el saber como había entrado, y que en nombre de Jesucristo le mandaba que saliera; lo que hizo. El oficial así librado le presentó diez libras de oro; pero el Santo le hizo presente de un pan de cebada, para hacerle entender que aquél que se contenta con este alimento no hace más caso del oro que del barro.

También ejerció el mismo imperio sobre los demonios que entraban en el cuerpo de los animales, que muchas veces le conducían. Merece una particular atención el modo como libró á un camello de una grandeza enorme. El demonio que se había apoderado de él, lo volvía tan furioso, que no se le podía ver ni oír sus aullidos sin quedar horrorizado. Había hecho muchos estragos, y muchos hombres se pusieron á arrastrarlo con gran ruido por medio de cuerdas muy fuertes hasta su monasterio. San Hilarión

ordenó que lo desatasen; lo que hicieron, huyendo todos al momento: tanto terror les inspiraba el animal. Pero el Santo saliéndole con seguridad al encuentro, dijo al demonio en idioma siríaco: « Yo no te temo, espíritu maligno, por más que estés escondido bajo un animal tan enorme; pues tu fuerza no se ha de temer más en este camello que en una pequeña raposa. » El camello no obstante se dirigió, á él con furor y se hubiese dicho que lo iba á devorar; pero así que estuvo cerca de él, cayó á sus piés, y bajó la cabeza hasta tierra en señal de sumisión. Aquellos que observaban de lejos esto que estaba sucediendo, quedaron atónitos al ver como en un momento el furor de esta terrible bestia se había cambiado en dulzura. Reconocieron que el demonio lo había abandonado, y el Santo tomó ocasión de ello para decirles que los malignos espíritus tenían un odio tan grande contra los hombres, que cuando no les podían dañar en su persona, trataban de hacerlo en aquello que les pertenecía, y que Dios lo permitía algunas veces, ó para castigarlos, ó para instruirlos.

San Jerónimo asegura que hizo otros prodigios, y en tan gran número que toda su vida no bastaría para relatarlos. Dice también que Dios lo hizo tan célebre, que san Antonio el Grande, habiendo sabido cual era la santidad de su vida y el número de sus milagros, le escribió muchas cartas y recibía las suyas con mucho consuelo. Así cuando se le presentaba alguno de las diferentes comarcas de la Siria para ser curado por sus preces de alguna enfermedad, ó librado de los malignos espíritus, le decía: « ¿ Porque venís de tan lejos y con tantas fatigas y penas si tenéis entre vosotros á mi hijo Hilarión? »

Sus milagrosas curaciones no sólo produjeron maravillosos efectos sobre los cuerpos; los operaron mas admirables en las almas por las impresiones que hicieron sobre los espíritus y sobre los corazones de los pueblos de la Palestina

y de los países vecinos. Al ejemplo del Santo se construyeron por todas partes monasterios, y una multitud prodigiosa de solitarios que se formaron en ellos se rigieron bajo su conducta. El por todo esto rindió á Dios acciones de gracias con un corazón lleno de celo y de ardor para su gloria, y exhortaba poderosamente á cada uno en particular que no recibiera en vano la gracia del Señor : « Pues, decía, la figura de este mundo pasa, y la verdadera vida es aquella que podemos adquirir en el cielo por los trabajos de la penitencia que abrazamos en esta. »

Para darles ejemplos de humildad y caridad todos los años los visitaba un poco antes de la vendimia, recorriendo sus celdas las unas después de las otras sin olvidar ninguna, pues á todas las almas amaba igualmente ; lo que habiéndolo sabido los solitarios, desde el principio se unían á él en gran número para acompañarle en esta visita, llevando sus provisiones ; y algunas veces llegaban á reunirse hasta dos mil. Pero en el transcurso del tiempo la estimación general que él gozaba, hizo que cada aldea le suministrare de buena voluntad, y en todo lugar por donde pasaba, los víveres necesarios cuando iba á visitar á los solitarios de su vecindario.

Ordinariamente escribía una memoria de su visita indicando los lugares en que se debía parar y aquellos por los cuales no hacía mas que pasar ; y dirigía también sus pasos, que, sin ser inútiles, no obstante á ningun hermano olvidaba por poco considerable que fuera. Yendo en una de sus visitas al desierto de Cades, llegó á Elusio en Iudumea, precisamente el día en que el pueblo de esta villa aún idólatra estaba reunido en el templo de Venús para celebrar su fiesta ; pues los Sarracenos adoraban esta divinidad á causa del planeta de este nombre, que se llama estrella matutina, como lo hemos dicho en la Vida de san Nilo. Así que estos paganos supieron que pasaba por su

vecindario, acordándose que había librado á muchas personas de su nación que estaban poseidas del demonio, le salieron al encuentro gran multitud con sus mujeres y niños, y le dijeron todos bajando la cabeza : Bareth, es decir, Bendecidnos. Los recibió con dulzura y humildad, y les suplicó que dejaran de adorar las piedras, y que adorasen más bien al verdadero Dios. Al mismo tiempo levantaba los ojos al cielo derramando muchas lágrimas, y les prometía irles á ver con frecuencia si querían creer en Jesucristo. Oh maravilla de la gracia de Dios ! exclama san Jerónimo ; ellos no lo dejaron marchar hasta que les hubo trazado el plan de una iglesia, y sin que su sacrificador, coronado como estaba y dispuesto á ofrecer la víctima que iba á inmolar al ídolo, se hubiese hecho catecúmeno para ser instruido y enseguida señalado por el santo bautismo con el caracter de Jesucristo. Poco tiempo después se estableció un obispo en esta ciudad como consta por la historia de San Nilo.

Los solitarios de estas regiones tenían viñas que cultivaban, y esto lo hacían más para comer su fruto que para hacer vino, de que ordinariamente no usaban. El Santo les exigía un gran desprendimiento, y no podía sufrir que tuviesen sentimientos de avaricia. Tenía tambien un horror extremo á los solitarios que guardaban el dinero en reserva, ó aquello que recogían de sus viñas ó de sus jardines, y que tenían un excesivo cuidado de sus despensas, ó que estaban demasiado apegados á sus muebles. En varias ocasiones demostró cuanto condenaba esta infidelidad, indigna de una persona que ha dejado el mundo para abrazar la pobreza religiosa y no tener mas que Jesucristo por tesoro ; y Dios manifestó por más de un milagro como aprobaba sus sentimientos. San Jerónimo dice sobre esto que haciendo el Santo su visita anual, sabiendo los hermanos que lo acompañaban que había uno que estaba demasiado apegado

á su viña, le instaron que no se contentara de visitarlo pasando, sino que permaneciera en su compañía para pedirle cuentas, y curarlo ó castigarlo de su avaricia. Este hermano se encontraba presente, y rugió mucho al verse acusado tan públicamente de este vicio. El Santo, movido de compasión dijo á los otros : « ¿ Porque queréis molestarle ? » Pero este hermano, como para demostrar que no era tan avaro como decían, le rogó que se detuviera cuando pasara por su país. Los efectos mostraron bien pronto que el juicio que habían formado contra él estaba muy bien fundado ; pues dió secretamente aviso á unas gentes para que guardaran su viña, de manera que diez días después habiendo los hermanos ido á su celda, cuando quisieron ir al día siguiente por la mañana á su viña, encontraron allí hombres que la guardaban como si hubiese sido de un seglar y no suya, quienes, muy lejos de permitirles la entrada, les obligaron á retirarse tirándoles piedras. Se vieron, pues, obligados á volverse sin haber podido probar ni un solo grano de uva. Hilarión se rió de ello, pero fingió ignorarlo, y pasó con toda su comitiva más adelante hasta llegar á la celda de un solitario llamado Sabas. San Jerónimo nos conservó el nombre de éste á causa de su caridad, y el del otro á causa, dice, de su avaricia. En efecto Sabas recibió al Santo y á su cortejo con la alegría y la generosidad de un corazón lleno de afecto y de caridad. Este era un día de domingo. Al momento invitó á los hermanos, que estaban fatigados del camino, á entrar en la viña y saturarse de su fruto. Pero Hilarión les dijo : « Desdichado aquél que tome el alimento del cuerpo antes de darlo á su alma. Empecemos por la oración y la salmodia ; demos á Dios antes que toda otra cosa aquello que le debemos, y después podréis comer uvas. »

Después que hubieron concluido todas las preces, colocándose el Santo sobre un lugar elevado desde allí dió la

bendición á la viña. Los solitarios enseguida entraron en ella y comieron uvas según su necesidad. No eran menos de tres mil. Sin embargo, cuando se llegó á la vendimia se recogieron tres veces más uvas de lo que parecía haber á la llegada de estos solitarios. Todo lo contrario sucedió al religioso avaro ; pues el vino que recogió se volvió vinagre, lo que san Hilarión había predicho en presencia de muchos hermanos.

En fin un solitario, que moraba á dos pequeñas leguas de su monasterio, habiendo incurrido en su desgracia, porque guardaba su jardín con demasiada inquietud por temor de que le quitasen alguna cosa, y porque también tenía un poco de dinero ; este solitario, digo, quiso reconciliarse con él, empleando al efecto la mediación de Hesyquio, pues sabía que el Santo le quería mucho, y rogándole le presentara un manojo de sus garbanzos aún verdes. Hesyquio por la noche no se descuidó de servirlos á la mesa, é Hilarión exclamó : « ¿ No sentis el horrible feter que despiden estas yerbas ? Observad como sale de ellas el olor insuportable de la avaricia ; llevadlas á los animales, y veréis que ni ellos las comerán. » Se pasó á la prueba ; Hesyquio las llevó al establo y las presentó á los bueyes, quienes, bien lejos de tocarlas, rompieron sus cuerdas y se fueron todos amedrentados, dando extraordinarios mugidos.

Se decía que el Santo había recibido de Dios la gracia de conocer por el olor de los cuerpos, ó de los hábitos, ó de otras cosas á las cuales se había tocado, á que demonio ó que vicio uno estaba sujeto.

Desde que Dios lo había vuelto célebre por el don de milagros y de la palabra, para inspirar el amor de su culto y de la perfección religiosa, estaba encargado de tantos solitarios, y la afluencia de personas afligidas por enfermedades ú otras penas que iban á él era tan grande, que empezó á echar de menos los primeros tiempos, en que viviendo solo

en el desierto gustaba las dulzuras de su retiro no conversando más que con el cielo. El recuerdo de este estado de tranquilidad le hacía sentir más su situación presente y lo llenaba de dolor; no cesaba de llorar y de gemir. Los hermanos, á quienes no había dado explicaciones, le preguntaron el motivo; él les dijo: «¿Cómo no me he de afligir? He vuelto al siglo por otra ruta, y ya recibo mi recompensa en esta vida. ¿No véis que en toda la Palestina y en las provincias vecinas se me considera como si valiera alguna cosa? Por otra parte, yo poseo campiñas y muebles so pretexto de proveer á las necesidades del monasterio.» Comprendieron por esto que meditaba su retiro, y lo guardaron con más cuidado; sobre todo el monje Hesyquio, que le estaba adepto con una ternura filial. Tenía entonces sesenta y tres años, y pasó dos años gimiendo así y derramando lágrimas. A la sazón Aristeneta, cuyos tres hijos hemos dicho que había curado, fué á verlo sin cortejo alguno que indicase que ella era la esposa del prefecto de la Pretoria, y le dijo que estaba en el propósito de continuar su viaje hasta la soledad de san Antonio para verle segunda vez. «También querría ir yo, le dijo, con las lágrimas en los ojos; pero á mas que yo estoy como prisionero en este monasterio, este viaje no me podría ser útil, porque hace ya dos días que el mundo está privado de tal padre.» No había podido saberlo más que por revelación, pues se necesitaba mucho más tiempo para recibir la noticia por la vía ordinaria. Aristeneta lo creyó, y algun tiempo después supo por otra parte que san Antonio había muerto como él le había dicho. Además, pudo ser que Hilarión hubiese ido desde Palestina á visitar una vez á este gran patriarca en su montaña, y puede que á esta visita se deba el referir aquello que se lee en la *Colección de las Sentencias de los Padres*; á saber, que cuando lo vió, este Santo viejo lo saludó en estos términos: *Seáis bienvenido, vos que brilláis como la estrella*

*de la mañana.* A lo cual él respondió: *La paz sea con vos, vos que sois como una columna de luz que sostiene el universo.* Pero hay autores que esto lo atribuyen á la primera visita que Hilarión hizo á Antonio cuando dejó el siglo, y ninguna prueba cierta tenemos de que le visitara segunda vez después de su retiro á la Palestina, á no ser que fuera cuando salió de allí para siempre como muy pronto lo diremos.

Aunque sus discipulos no lo perdiesen de vista ante el temor de que les escapase, permaneció siempre en el propósito de hacerlo y por fin lo ejecutó. San Jerónimo hace al efecto una observación muy propia para instruirnos. «Que otros, dice, admiren en Hilarión los milagros que hacia, que admiren su abstinencia increíble, sus luces, su humildad: En cuanto á mí, yo quedo transportado de admiración al considerar como despreciaba los aplausos de los hombres, y el poco caso que hacia de la gloria de las criaturas. La veneración que le tenían atraía á él gran número de obispos, de sacerdotes, de clérigos, de monjes. Las damas cristianas acudían también á él, y el pueblo junto iba á él desde las ciudades y de las aldeas de toda la comarca. Los magistrados y las personas más poderosas iban también á él como los otros, para pedirle pan y aceite benditos, y todos los recibían como una cosa muy saludable, y se creían muy favorecidos. Esto sin duda era un gran motivo de vanidad; pero este hombre desprendido de toda vana complacencia, muy lejos de engreirse por estos honores, los sufría con una pena extrema, y sólo suspiraba para una soledad en donde fuese del todo desconocido.» Por fin declaró que quería partir y dió orden de que le trajesen un jumento; pues sus ayunos y sus otras austeridades lo habían puesto en tal estado que no podía hacer el viaje á pié. Apenas el rumor se hubo esparcido cuando se reunieron de todas partes más de diez mil personas, esforzándose cada uno para